

Últimos años del músico Carlos Lavín



CARLOS LAVÍN

ISIDORO VAZQUEZ DE ACUÑA,
Marqués García del Postigo

Era un día corriente. Yo estaba leyendo en la bañera, pues no tenía obligaciones matinales. De pronto un insistente llamado del teléfono me hizo abandonar la tibieza del agua y la concentración en la lectura. Es tan desagradable tener que dejar un arroyo tras de sí; tan desagradable, como lo sería en la primera infancia por motivos fisiológicos, por atender una llamada telefónica que a veces resulta equivocada. Pero esta vez era certera, impertinente, pero certera.

—Habla Carlos Lavín...

Con voz ejecutiva me citó en su despacho una hora más tarde. Nos conocíamos por referencias. El, siempre curioso por las tradiciones populares, sabía de mis últimas andanzas por Chiloé y estaba interesado en ellas.

En el verano de 1954 hice un viaje por el archipiélago que duró casi cuatro meses. Estando allí, además de hacer reconocimientos arqueológicos, me había entusiasmado con la santería autóctona y por tal conducto, con las costumbres religiosas. Innumerables notas se habían acumulado adjuntas al diario de viaje. A mi regreso empecé a poner en orden los datos recogidos y a estudiar la bibliografía referente al tema.

El académico don Héctor de Aravena, uno de mis antiguos profesores en la Escuela Militar, había visto mis apuntes y me recomendó tomar contacto con su amigo don Carlos Lavín. Pasó el tiempo y enterado éste de mis estudios no aguantó su curiosidad y me llamó primero.

Puntual llegué al Instituto de Investigaciones Musicales de la Universidad de Chile. Toqué en la puerta de su oficina y escuché una voz cavernosa

que gritaba ¡Entre! Pasé y me encontré en una sala difícil de catalogar, donde había heterogeneidad de objetos y montones de libros, en un espantoso desconcierto. Al fondo, en el centro, se destacaba un gran escritorio con más de medio metro de libros y revistas, que me impidieron ver de inmediato a don Carlos, oculto tras su barrera de papel

La conversación surgió fluida, con un interrogatorio extenso de don Carlos Lavín sobre temática etnológica y musical. Después vino un monólogo suyo sobre variadísimos aspectos de mi viaje, de los suyos y de su música.

Otras visitas siguieron a la primera. Fue valiosa para mí su orientación relativa a cómo presentar en un libro el material recogido y analizado. La distribución de los capítulos, las láminas, todo ello lo fuimos tratando con paciencia y dedicación. De tal forma el maestro se convirtió en amigo, no sólo mío, sino de toda mi casa.

Llegaba con espontaneidad y esporádica frecuencia a almorzar o cenar, mitigando así su soledad de viudo y su aislamiento de intelectual y hombre mañoso. Vestía con corrección, pero muchas veces los cuellos y los puños de sus camisas necesitaban más remiendos, o los botones del chaleco estaban a punto de conseguir su independencia. La infaltable corbata de papillón, por un roce continuado con la barba, a veces no prolijamente rasurada, solía ofrecer flequillos tenues. Las corbatas de don Carlos presumo que, como muchas otras prendas, eran recuerdos de una época más dorada. Muchas veces mi madre afirmó botones en peligro de huida, lo cual agradecía nuestro amigo, nunca dado a convencionalismos sastreriles.

El prólogo de mi primer libro, *Costumbres religiosas de Chiloé y su raigambre hispana**, fue para mí el broche de oro regalado por don Carlos. Meses después yo dejaba el solar chileno para perfeccionarme en Europa y al llegar a Madrid pude leerlo en letras de molde. El libro se había publicado.

Una serie de cartas que conservo, mantuvieron fresco el contacto entre Lavín, que podría haber sido mi abuelo, y yo. Sus recuerdos de Europa, vivencias de muchos años, afloran en ellas, con observaciones valiosas y siempre originales.

En su segunda carta, del 18 de diciembre de 1956, queda patente su juicio sobre Baroja, a quien había conocido mucho tiempo antes: "Aquí no he tenido momento más feliz y desahogado que cuando se murió don Pío: era un Stalin de la cultura; un artista es otra cosa que un industrial de las letras; sin cultura general y sin la más mínima sensibilidad. Hay que dar emoción y encontrar belleza".

*Prensas de la Universidad de Chile. Santiago, 1956. 112 págs., 30 lám. y un mapa.

Y continuaba nostálgico: "Hábleme de las Ramblas a altas horas de la noche. Coma 'escudella de pagés' y habas a la catalana. Recorra en Barcelona el Barrio Chino, pero tenga cuidado con las que piden un cigarrito. Conozca los espectáculos sicalípticos del Paralelo. No hay nada igual a eso...".

Desde su despacho en el Instituto o en las noches de insomnio en el Hotel Windsor, casi enfrente del Convento San Francisco, me escribía con su letra enmarañada, tanto casi como esos textos procesales del siglo XVII.

No faltaban los comentarios de actualidad chilena: "Aquí el Ballet del Marqués de Cuevas fue un éxito. Lo que dicen allá fueron chismes chilenísimos... Del asunto de aquí, del 2 de abril, no me atrevo a hablarle porque me da vergüenza. El foco de la revuelta estaba en la puerta de mi hotel. Como ya estoy acostumbrado a la revolución de tres años de Barcelona, no me inmuté, pero me da vergüenza". (12/457).

Pese a la asonada revolucionaria de esos años de la administración de Ibáñez y del paso del Ballet de Cuevas, me agregaba, "lo que es yo me aburro en Chile en forma cavernosa"... Sí, permanecía con el corazón puesto en París, en Barcelona. Más que en lo que son en sí tales ciudades, en los recuerdos en el pasado de una vida.

En 1922 había partido a Europa para perfeccionar sus estudios de musicología y folclor, después de 39 años vividos en Chile. Cuando no alcanzaba los cinco lustros de edad, ya había ganado cierta notoriedad por sus publicaciones sobre el folclor araucano. Pese a los trabajos del padre Félix de Augusta, ocuparse en los albores del siglo de 'cosas de indios', constituía un abierto desafío a la incomprendición del ambiente. No era un mozo, pero el deseo de emigrar le había estado royendo el alma durante años de años. Quizás desde su época de estudiante en el Instituto Nacional. Yo no he leído sus artículos publicados por aquella época en *El Mercurio*, *Zig-Zag*, *Chile Magazine*, *Juventud*, *Pacífico Magazine* y otras revistas en las cuales colaboró, pero creo que podría ser reveladora en esa etapa juvenil para descubrir la senda que recorrió después. En todo caso un hecho es claro, era hombre inquieto y caminante, de otro modo no habría podido fundar y dirigir la revista *Auto y Aero* y publicar el *Libro azul del automovilista*. A principios de siglo, el automóvil era una especie de potro, de monstruo metálico; todavía había una dosis de aventura en su conducción y dominio. Curiosa mezcla la de don Carlos Lavín, por un lado músico y artista, asimilado al grupo de Los Diez y a la Sociedad de Compositores Chilenos, de la cual fue presidente, y en otro extremo pionero del motor.

En París perteneció a la *Societé des Americanistes*, cuando seguía en la Universidad los cursos del profesor Mauss de Etnología y Lingüística, que terminó en Berlín con el famoso profesor Eric von Hornbostel. Sus composi-

ciones musicales fueron impresas por la Editora Max Eschig, mientras eran ejecutadas tanto en París como en Rumania, Dinamarca, Alemania y España. Como compositor —según Vicente Salas Viu— Carlos Lavín fue uno de los espíritus abiertos que, en torno a la obra de difusión de los hermanos García Guerrero, antes comprendieron los horizontes que se abrían para la música de nuestro siglo por el impresionismo francés y los expresionistas alemanes. Lo mismo que para su extrañable amigo Alfonso Leng, como para Pedro Humberto Allende, no dejó de captar Lavín las aportaciones con que Debussy enriquecía el lenguaje musical.

Hasta en sus composiciones sobre temas del folclor indigenista, que son la mayoría, se advierte la influencia de aquellos entonces modernos conceptos armónicos y rítmicos que provienen del impresionismo.

En la línea de técnica musical siguió cursos especiales con los profesores Roger Penau y Andre Caplet, colaborando a la vez en la *Revue Musicale*, *Le Guide du Concert* y *Revue de l'Amerique Latine*, con artículos entre los que se destacan *La música de los Araucanos*, el *Cromatismo en la música indígena sudamericana* y un panorama de *La música en América Latina*.

En 1934 decidió cambiar de horizonte y se estableció en Barcelona, dando a conocer sus obras de orquesta, canto, instrumentales y pianísticas. Desde el año 40 empezó a colaborar en la *Enciclopedia Espasa* y después en el *Diccionario Histórico Manual* y en el *Diccionario Musical* de la Editorial Labor. Geográficamente se había acercado a América un par de grados, pero dar el salto definitivo del regreso siempre es difícil.

Al fin, en 1942 retornó a Chile y se le encomendó en la Dirección General de Informaciones y Cultura la fundación del Archivo Folclórico, el cual fue trasladado a la Universidad de Chile en 1948, como organismo adjunto del Instituto de Investigaciones Musicales, de la Facultad de Música. Para la constitución de este Archivo, siguiendo un plan elaborado junto al profesor Von Hornbostel, empezó y dio fin en el territorio nacional a una investigación y recopilación folclórica, tradicional y costumbrista, con criterio geográfico, en más de un centenar de viajes, en las cuales anotó y documentó muchísimas manifestaciones vernáculas de las diferentes regiones del país. Fotografió, filmó y grabó escenas populares musicales, mucho de lo cual dio a conocer en monografías y frecuentes artículos, tanto en Chile como en el extranjero, tales como *Nuestra Señora de las Peñas*, *La Tirana*, *Cultura Atacameña*, *El Rabel*, *La Chimba* y en el libro *Chile visto por los extranjeros*, en el que hace una compilación de juicios de viajeros sobre el país.

La vida pasada, los años pesaban. Siempre el recuerdo de sus mejores años en Europa, de su mujer enterrada en París, de su música cuyos acordes

permanecían en sus oídos, estáticos, sin que el genio fuese ya capaz de nuevas creaciones. Era la decadencia que venía, con ánimo de rejuvenecimiento en los escenarios del pasado. Había que dar un salto ¿hacia adelante? ¿hacia atrás? Ni él mismo lo sabía.

El 22 de mayo de 1958 renunció a su cargo y jubiló. "Me paso en una vorágine preparando mi partida para España —me escribía— con la complicación máxima de un viaje sin vuelta".

Meses después llegaba a Madrid. Su navegación había sido accidentada. Se embarcó en Valparaíso en un carguero danés, porque 'quería comer smoll'.

En la travesía hubo un incendio a bordo, afortunadamente sofocado a tiempo. Llegó a Lisboa, donde casi se fue a pique un baúl que contenía parte de su impedimenta, al desembarcar en un día de mar gruesa.

El poeta Carlos Sander y yo lo fuimos a buscar una mañana a la Estación del Príncipe Pío, cuando rerudecía el invierno. Don Carlos llegaba hurano, cansado, poco afectivo. Lo llevamos al Hotel París, situado en la esquina de la calle de Atocha con la Puerta del Sol, en el corazón mismo de un Madrid muy transformado durante los años en que Lavín había residido en Chile.

En los días siguientes, repuesto de las pesadumbres de su viaje, salimos a caminar, sin rumbo, por las callejuelas antiguas, con estaciones en los cafés y en las tascas, que como recuerdo de otras épocas le traían evocaciones. Fueron quince días, no muchos más seguramente, los que vivió por última vez aquí. El clima le era propicio y no encontró lo que necesitaba. Partió a Barcelona, sin aviso, un día cualquiera. Disponíase a dar charlas, proyectar a Chile en lo folclórico y en lo cultural, mediante grabaciones y películas, artículos de prensa y de revistas especializadas, a base de un material que le había facilitado la Universidad de Chile y otro personal, fruto de años de recopilación y estudio.

Desconozco su efectiva labor en sus últimos años de senectud, salvo lo que me relataba en sus cartas. La creo escasa, sin eco; no porque no tuviese vigencia o interés. Simplemente, estos temas interesan a muy pocas personas en Europa, donde hay mayor riqueza cultural y popular que en el lejano Chile, pobre dentro de América en valores exóticos deslumbrantes, no por ello menos valiosos, pero opacos, deslucidos, que ni logran entusiasmar a muchos chilenos.

En una carta del 12 de febrero de 1959 me comunicaba su alojamiento en el Hotel Lloret, Rambla de Canaletas, dándome cuenta de que "los adelantos barceloneses me han dejado estupefacto... Aquí he comenzado a vivir nuevamente y desarrollar mi verdadera labor artística. Me encuentro con mi elemento, tal como allá (en Madrid) usted está en el suyo".

En abril siguiente fue a París en auto gracias a la buena voluntad de algún amigo: "Yo aproveché —me escribía— para ir a la tumba de mi mujer y ver amigos".

Lo imagino deambulando por los bulevares, revisando libros viejos a orillas del Sena, pero generalmente con la vista perdida en lontananza y escuchando esa música imaginaria que permanentemente parecía rondarle.

Si no saludaba al ir por la calle era porque no veía a la gente, aunque la mirara. Sólo cuando hablaba sus ojos eran penetrantes, oscuros y profundos. Siempre me traían a la memoria el miedo que tenía de él una mucama de casa de mis padres en Santiago. Guacolda, se llamaba, como correspondía a una araucana; pensaba que era brujo y, para confirmar tal suposición, la cocinera le decía que tenía muchos poderes y que hipnotizaba al mirar directamente y por un rato. Yo también estaba más que al borde de la brujería, por enseñanza de don Carlos, y peto y espaldar de una coraza, que estaban colgados en mi habitación, con otras armas y trofeos, eran mi chaleco volador. Guacolda nunca miraba de frente a nuestro amigo y él, sabiendo los decires, se reía y bromeaba recitando ensalmos de nigromante y conjuros araucanos.

Pensaba visitar a don Carlos Lavín ese verano de 1959, al pasar por Barcelona rumbo a las Islas Baleares, pero no coincidimos. Después me dio explicaciones: "Yo vigilaba la torre de unos catalanes amigos en Sarría. Iba cada dos días a ver a la cuidadora y la última vez que fui me encontré con que estaba ausente y todo con llave". Al día siguiente en mi hotel recibí una nota que decía: "A Ud., como encargado de la casa tal y cual de Sarría se le notifica que el perro bravo de esa torre salió a la calle y ha mordido al hijo del vecino, quien se queja de dolores y el can ha sido enviado a observación. En el caso de que el animal estuviera loco tiene Ud. que afrontar las consecuencias, por facilitar la salida al exterior del perro sin bozal".

El mastín por suerte no estaba loco, pero don Carlos tuvo que hacer los engorrosos trámites burocráticos coincidiendo con mi paso por la ciudad condal.

Casi un año después, el 22 de agosto de 1960 me decía: "En estos días he estado muy aporreado con una crisis (de las que me persiguen) de insomnio. Ahora ha sido espantoso".

Tantas noches en vela le retrotraían al siglo anterior. "Mi bisabuelo Francisco Jacinto García de Lavín está entre los hidalgos que pasaron a América. Lorenzo-Carlos-María-Zenón, nuestro biografiado, había visitado el solar de sus mayores cántabros en Santa María de Lavín en el año 1935, y el de Río Miera, casona más nueva, de la que dimanaron todos sus inmediatos ascendientes, como Juan de Lavín, empadronado como hidalgo en 1694

y 1703, Alcalde de la Santa Hermandad por el Estado Noble, casado con Catalina de Abascal, que según mis cálculos era el bisabuelo del citado Francisco García de Lavín y Carral, abuelo de don Carlos.

En Santiago conservaba un escudo pequeño, tallado delicadamente en madera, en la que las polillas habían dejado perforaciones honorables para atestiguar la generosidad de la nobleza de su último propietario. Era un campo partido, el primer cuartel de gules, con un castillo de oro, aclarado de azur; el segundo, de plata, con un árbol verde arrancado. El timbre era un yelmo, perfilado, de hidalgo, con sus correspondientes lambrequines. Los colores estaban representados, de acuerdo al método del padre Pietra Santa. Don Carlos García de Lavín estaba muy orgulloso de su estirpe y de sus Armas. Desde Barcelona lamentaba la pérdida del blasón tallado, al parecer robado en Chile, por alguien que no tenía ningún derecho a lucirlo.

A la vez que se refería en sus cartas a recuerdos heráldicos y nobiliarios, me daba consejos prácticos cuando yo transitaba por esa edad, mezcla de pubertad y madurez, en que los intelectuales nos mecenemos, más que otros, entre las corrientes y torbellinos románticos, navegando tras la dama de nuestros ensueños, que generalmente no pasa de ser señora de ellos.

“Es condición primordial en lides femeninas disimular su juego y encubrir sus sentimientos... debe empeñarse en la perfección de los sistemas de asalto. No olvide que una española es una fortificación”... Don Carlos en tal momento era una especie de general en retiro. ¿En retiro efectivamente? A veces me escribió de alguna doncella con el pelo oloroso a canela, o de la perfección desnuda de otra que “evolucionaba en el ámbito de la habitación, cantando, riéndose y echándose miradas furtivas en los espejos de las puertas, hacia atrás, velozmente, para mirarse la espalda, consultando dos puntos focales, entre los dos riñones como la de Velázquez, y otro inferior sorprendiendo el juego de las piernas”.

Experimentado, agregaba en otra ocasión: “La mujer en el matrimonio es soportable solamente en el caso de que sirva a uno como colaboradora, social y cultural. Todos, todos los demás merecimientos y virtudes son inútiles y periclitán cuando se los necesita”.

La última carta que recibiría de Lavín fue la del 1º de julio de 1962. No le volví a ver después de nuestro encuentro en Madrid. A fines de ese mes pasé un día por Barcelona, rumbo a Italia y otros países, y no acudió al punto de cita. Coinciendo con mi regreso me informé por el diario que don Carlos Lavín había fallecido el 29 de agosto. El mismo día 30, en que se publicó la noticia, escribí al Cónsul General de Chile en Barcelona, José Mardones Bissig, quien con fecha de 3 de septiembre me comunicaba:

“Efectivamente, como Ud. se ha impuesto por la prensa, don Carlos

amaneció muerto, en la mañana del lunes pasado, en su habitación del Hotel Principal, sito en Junta del Comercio N° 8. Según los médicos forenses el hecho ocurrió a consecuencia de un colapso cardíaco. Como no tenía familia en esta ciudad, el suscrito se hizo cargo de todos los trámites hasta dejarlo enterrado en un nicho perpetuo del Cementerio de Sud Oeste (Vía San Antonio Abad, Agrupación 12^a, Columbario B., piso 4^o, N° 244). En estos días podremos hacer un inventario de los pocos efectos personales, documentos y archivo dejados por nuestro infortunado compatriota para enviarlo al Ministerio de Relaciones, junto con los detalles reglamentarios de lo acaecido. Los gastos de su entierro, de hotel y otros menores, me los reintegrará el Banco de Londres y América del Sur Ltd., donde don Carlos tenía una pequeña cuenta de ahorro. En su oportunidad comunique cablegráficamente al Ministerio la noticia de su deceso. Agradezco sinceramente a Ud. sus amables ofrecimientos de colaboración extraoficial ante la Universidad de Chile para el caso que se necesitase hacer alguna gestión; pero producido el hecho en la forma que le refiero, creo que, de momento, sólo habría que esperar dos años para proceder a la repatriación de sus restos, si nuestras autoridades y sus amigos en Chile resolvieran hacerla".

Pero Lavín no quería regresar a Chile, quería quedarse para siempre junto al Mediterráneo, en la vieja Europa de sus mejores años. Venía de América con pesadumbre. La nostalgia que tenía era de un pasado más feliz y más brillante, que se confundía entre ambos mundos. El 31 de agosto de 1961 me advertía: "Según sus cartas veo que estuvo Ud. en Chile con antiguos amigos míos que se hacían los sentidos (por no recibir noticias). Desconfíe Ud. de esos contritos, porque cuando les dije que me venía, vomitaron toda su envidia con sarcasmos e ironías, que no quiero recordar. Hasta ahí llegó su amistad y el final de la mía".

Si había ex amigos también los había que continuaban siéndolo, pese a la distancia y al carácter de don Carlos. Ninguno podrá olvidar su aspecto de huesillo apolillado, su gastada papillón, su pelo canoso, su voz cavernosa de palabra enredada, sus ojos penetrantes a veces, opacos en otras ocasiones. Nadie que recibiese su interés podrá olvidar cuánto corazón ponía en su condición de maestro, de mentor; posiblemente, lo más trascendental de su tránsito terrestre sea esta semilla. Recuerdo ahora sus indicaciones de escritor: "Los estilistas deben preocuparle pues son una compra a plazos, muy llevadera". He seguido su consejo y continuaré haciéndolo. Quedaría satisfecho si estas líneas fuesen del gusto de don Carlos, pues en ellas no puse únicamente la pluma, sino el sentimiento, el recuerdo y la veneración.